

Fernán Caballero

LA GAVIOTA



STOCKCERO

Fernán, Caballero

La gaviota. – 1° ed. – Buenos Aires : Stock Cero, 2004.

276 p. ; 23x15 cm.

ISBN 987-1136-12-9

1. Narrativa Española. I. Título

CDD E863

Copyright © Stockcero 2004

1° edición: 2004

Stockcero

ISBN N° 987-1136-12-9

Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Indice

<i>Nota preliminar a la presente edición</i>	vii
<i>Semblanza</i>	ix
Juicio crítico	
<i>I</i>	xv
<i>II</i>	xx
LA GAVIOTA	
<i>Prólogo del Autor</i>	xxix
TOMO I	
<i>Capítulo I</i>	1
<i>Capítulo II</i>	7
<i>Capítulo III</i>	15
<i>Capítulo IV</i>	19
<i>Capítulo V</i>	25
<i>Capítulo VI</i>	33
<i>Capítulo VII</i>	39
<i>Capítulo VIII</i>	47
<i>Capítulo IX</i>	53
<i>Capítulo X</i>	67
<i>Capítulo XI</i>	75
<i>Capítulo XII</i>	81
<i>Capítulo XIII</i>	88
<i>Capítulo XIV</i>	93
<i>Capítulo XV</i>	101
TOMO II	
<i>Capítulo XVI</i>	113
<i>Capítulo XVII</i>	127
<i>Capítulo XVIII</i>	135
<i>Capítulo XIX</i>	139
<i>Capítulo XX</i>	155
<i>Capítulo XXI</i>	163
<i>Capítulo XXII</i>	169
<i>Capítulo XXIII</i>	179
<i>Capítulo XXIV</i>	184
<i>Capítulo XXV</i>	193
<i>Capítulo XXVI</i>	197
<i>Capítulo XXVII</i>	203
<i>Capítulo XXVIII</i>	207
<i>Capítulo XXIX</i>	213
<i>Capítulo XXX</i>	221
<i>Capítulo XXXI</i>	229

Nota preliminar a la presente edición

La influencia sobre las letras Españolas del siglo XIX de la persona de Cecilia Bohl de Faber de Arrón de Ayala, carnadura real del autor oculto tras el pseudónimo Fernán Caballero, probablemente sea equivalente o aun mayor a la de su obra.

Siendo ella misma un personaje de vida novelesca, nos ha parecido oportuno reunir en esta edición el texto de *la Gaviota* —su obra de mayor éxito— con las opiniones de dos coetáneos expertos: una semblanza de la autora, por Francisco Miquel y Badía, editor de muchos de sus libros, y el Juicio crítico emitido por Eugenio de Ochoa, quien fuera editor junto con Federico de Madrazo de la prestigiosa revista literaria *El Artista* (1835).

El Editor
Mayo 2004

Semblanza

Hay en la galería del palacio de San Telmo, de Sevilla, un retrato de señora que a la primera mirada cautiva la atención del visitante. La dama en él representada traspasa los sesenta años, y quizá frisa en los setenta; su mirada dulcísima refleja bondad inagotable, y en su actitud únense la elegancia de quien ha pisado ricas alfombras con la sencillez de la que tiene a su corazón por guía y por norte a su conciencia. Sus facciones, sin mostrar la corrección ni mucho menos de los tipos clásicos, ofrecen una suerte de armonía tan simpática, que el espectador dice apenas la ha visto y sin que antecedentes favorables puedan influir en su juicio: «¡Qué bella señora! ¡Qué hermosa dama española!». La mantilla que toca su cabeza acaba de manifestar con gráfica elocuencia que al prorrumpir en tales palabras no se ha equivocado el curioso que halla la fortuna de pasar algunas horas de deleitoso entretenimiento en el palacio de los duques de Montpensier, en Sevilla. La señora retratada en aquel lienzo es la ilustre escritora que lleva por lindo pseudónimo Fernán Caballero y por nombre real y verdadero Cecilia Bohl de Faber de Arrón de Ayala ⁽¹⁾ y el autor del cuadro, el que tan bellamente ha sabido legarla a la admiración de las generaciones futuras, el pintor aristocrático, el retratista de merecida fama, D. Federico de Madrazo.

El telégrafo, con su desnudez característica, ha anunciado el fallecimiento de la ilustre dama retratada, de la autora de *La Gaviota*, *Clemencia*, *Elia* y de tantas otras novelas populares en España, saboreadas en Francia, leídas con afán en Alemania, y lo que es más de envidiar, celebradas con aplauso en el hogar de las familias honradas. Las lágrimas de éstas, las oraciones de los que estiman que es deber del poeta y del novelista llevar la calma al corazón, sembrar las buenas ideas, formar madres cariñosas, hijas tiernas y obedientes, serán de seguro el tributo que Fernán Caballero -permítasenos que así la llamemos, porque es para nosotros nombre querido- recibirá en su tumba, y que será también, sin duda alguna, rezo que el Señor acogerá benigno, para dar a su alma en la vida eterna el descanso y el premio de que le hacían merecedora las virtudes que desplegó en este valle de miserias y de infortunios. No vamos a hacer un juicio crítico completo de las obras de Fernán Caballero; ni nos consiente realizarlo la perentoriedad del tiempo de que disponemos, en nuestro afán de echar en seguida una flor sobre su tumba, ni nos lo

permitiría tampoco el corto espacio que un periódico como el *Diario*, ocupado en las afanosas lides de la política, puede dedicar a los estudios tranquilos de la literatura, a estudios tan ajenos a la fiebre que lleva siempre en sí el tratar de los negocios de la cosa pública. Vamos únicamente a coleccionar recuerdos, a juntar impresiones, para decir en breves palabras a nuestros lectores, al escasísimo número de nuestros lectores que no hayan tenido en sus manos un volumen de Fernán Caballero, qué obras ha dejado, cuál fue su carácter, por qué se señaló en el mundo de las letras desde su aparición y por qué ha conservado hasta su muerte la hermosísima aureola que es hoy, en el mundo, la mayor y más preciada corona de su nobilísima existencia.

Fernán Caballero apareció en nuestra literatura cuando por un lado privaban sólo en ella las traducciones de obras extranjeras, o por otro eran pasto de la imaginación de muchachos, doncellas y de gentes que peinaban canas, las obras románticas, no inspiradas en el ideal religioso y caballeresco del antiguo teatro castellano, sino en luchas psicológicas y filosóficas que tenían su abolengo en ríos y montañas muy apartadas de nuestra Península. Fernán Caballero, que había leído mucho, que conocía al dedillo lo bueno y lo malo de las literaturas extrañas, de lo cual son buena prueba los epígrafes de los capítulos de sus novelas, en que andan revueltos todos los autores, todos los gustos y todas las opiniones; Fernán Caballero, que había vivido por largos años en Sevilla y en los más embelesadores pueblos de Andalucía, y que, dotada de un instinto certero, de un ojo que, cual admirable máquina fotográfica, se apoderaba en seguida de las escenas más típicas y las reproducía con vigorosos claros y oscuros; Fernán Caballero, que habría padecido sin duda muchísimo, aquilatando por lo mismo su vida en el crisol del dolor, en donde se funden, purifican y se hacen más preciosos los corazones que encierran en su fondo riqueza inapreciable; Fernán Caballero, dotada por Dios de un talento que sabía hallar en un tipo el rasgo que mejor le pinta, en una frase la palabra que con más acierto resume un sentido, en una vida entera la acción que más clara idea ofrece de la belleza o de la fealdad del alma; Fernán Caballero, en fin, sintiéndose arrastrada por inclinación natural a escribir novelas, no hizo otra cosa más que trasladar a las páginas de los libros que nacieron de su pluma lo que había visto y lo que había sentido, escenas que estimó dignas de ser conservadas e imitadas, figuras que, si bien considerándolas muchas veces como adorno de pasadas épocas, juzgó que tenían mucho que debía ser pauta y ejemplo de las actuales generaciones, cuadros de honradez y de virtud, miserias, fragilidades, vicios en toda su asquerosidad, hasta crímenes, formando con estos elementos conjuntos exuberantes de vida, llenos de riquísimos pormenores, castizos en su fondo, aunque extranjerizados en la expresión con sobrada frecuencia, y por lo general tan ejemplares, tan morales, tan consoladores como pudiese exigirlos el Aristarco más dispuesto a empuñar contra la autora la palmeta del atrabiliario pedagogo.

Y no se crea que ante este entusiasta encomio, ante la admiración sincera que en nosotros despiertan las obras de Fernán Caballero, se nos oculten imperfecciones que en ellas pueden encontrarse. La ingeniosa autora de *La Gaviota* y de *Clemencia* había formado su gusto más en la lectura de novelas francesas e inglesas -hecho que no tiene nada de raro- que en el trato de los grandes escritores clásicos castellanos. De España, y sobre todo de Andalucía, había recogido la savia, el carácter, el íntimo espíritu de su pueblo, viviendo entre las aristocráticas familias de Sevilla, codeándose con los cortijeros de Sanlúcar, Jerez y otros famosos pueblos de aquellas lindísimas comarcas y hablando con las gentes del campo, con el mismo, con más vivo amor que con las gentes de letras y campanillas. Pero al trasladar todas estas bellas impresiones a las páginas de sus libros, Fernán Caballero no había hecho gala, ni hubiera podido hacerla, de la gracia castiza en el decir, de la variedad de expresión, de la riqueza artística, del cincelado -si así podemos expresarnos- que posteriormente han dado a conocer en sus novelas, con embeleso de propios y extraños, Pérez Galdós, Alarcón, Juan Valera y otros discretísimos novelistas, quienes al escribir *La corte de Carlos IV*, *El sombrero de tres picos* y *Pepita Jiménez*, habrán exclamado quizá en su interior el tan sabido: «Gracias al que nos trajo las gallinas».

Y sin embargo, este que llamaremos defecto, por no hallar otra palabra a mano, queda tan de sobras compensado con las demás excelencias de las novelas y narraciones de Fernán Caballero, que nos atrevemos a opinar que en nada empaña su mérito y sus bellezas. ¿Quién lo recuerda, por ejemplo, al recorrer los dos tomos de *La Gaviota*, al ver diseñado magistralmente el tipo original viviente de la protagonista, el de Momo, que envidiaría Velázquez, si el autor del *Bobo de Coria* hubiese alguna vez cogido la pluma, el de D. Cristóbal y Rosa Mística, españoles hasta la médula de los huesos? ¿Quién repara en los galicismos que asoman de vez en cuando, al leer los capítulos admirables de *Clemencia*, figura que atrae el alma del lector desde que aparece en escena, en la que se alían maravillosamente el corazón ardoroso de la española con la mente reposada de la cristiana mujer casera? ¿Quién puede regañar a la autora porque en *Elia* se muestra inclinada con exceso a cosas y gentes pasadas, si en la heroína presenta una imagen de superior encanto, mujer ideal, cuya vida hace concluir con feliz acierto en la tranquilidad del claustro, para que los malos hálitos de la tierra no contaminaran en lo más mínimo su purísima esencia? Y por fin, ¿quién va a recordar exageraciones más o menos manifiestas, durezas en la expresión, ásperas censuras contra aficiones modernas, al encontrarse con el simpático *Simón Verde*, en la narración de este nombre; con las hermanas Serafina y Primitiva Villalfrado, en *Un verano en Bornos*, obrita que no se cae de las manos apenas se ha abierto la carta primera que la encabeza; con María de *El último consuelo*, cuadro de cristiano ejemplo, y sobre todo con la magnífica galería de tipos tan variados

como pudo trazarlos el nunca bastantemente alabado Bretón de los Herreiros, y entre los cuales, a nuestro sentir, merece ser colocado como capitán de la hueste el excelente D. Galo Pando, de *Clemencia*, el empleado probo, el hombre de las pelucas y el sostenedor del doméstico juego de la lotería? ⁽²⁾

A todas estas prendas añadía, además, nuestro Fernán Caballero, el arte de trazar un cuadro popular con magia asombrosa. Una escena entre labradores, un corro de niños jugando, constituían escenas apropiadas para su diestro pincel, que era entonces, si cabe, más español, más andaluz en todos sus toques, reproduciéndolos con un colorido que no hubiera despreciado, antes al contrario, hubiera puesto sobre su cabeza el inimitable D. Ramón de la Cruz, el más castizo de nuestros pintores de costumbres, y modernamente los que, como D. Antonio de Trueba, han trasladado a los libros, con perfección celebrable, los hábitos de las gentes campesinas. Presentaba estos hábitos la distinguida escritora como dignos de ser imitados, y no por calculado intento, sino acaso por bondad de su corazón, ocultábansele, y por lo mismo no las copiaba en sus capítulos, las ruindades de las aldeas, que allá se van con las que existen en las ciudades, así como, según hemos ya indicado, por ese natural instinto que nos lleva a pensar que

Cualquiera tiempo pasado
fue mejor,

Movíase a celebrar los que estamos muy lejos de creer que puedan darse como modelos de honradez política ni de sinceridad y limpieza en las costumbres. Unos y otros elementos combinaba diestramente Fernán Caballero en sus novelas; los guiaba al objeto que se había propuesto alcanzar, y como en su alma católica no podía entrar cosa alguna que a su santa doctrina se opusiera, aun echando mano a veces de recursos sobrado espinosos, llegaba a una conclusión que era ejemplo para el lector y no pocas veces consuelo para las almas atribuladas. Este fue, es y será el lado mejor de las novelas y narraciones de Fernán Caballero, y por él conservará siempre el amor y obtendrá las bendiciones de los leyentes juiciosos. Su vida entera no desmintió la propaganda que hizo en sus libros, y por lo mismo, al perder hoy la que fue maestra de la juventud, consuelo de los pobres, pintora fiel de cuanto genuinamente característico atesora el pueblo andaluz, le queda al admirador de su talento el consuelo de exclamar con el Libro Sagrado: «Corona de sabiduría es el temor del Señor, que llena de paz y del fruto de salud: ciencia y entendimiento de prudencia repartirá la sabiduría y ensalza la gloria de aquellos que la poseen».

Francisco Miquel y Badía
(prólogo a *La Mitología contada a los niños* ed. Noviembre de 1877)

NOTAS

1. Nació en la mar, viajando sus padres (otros dicen que nació en Cádiz), la Nochebuena de 1797, y fue hija de D. Juan y doña Francisca, el primero autor de La Floresta española y Teatro español anterior a Lope de Vega; pasó sus primeros años en Alemania e Italia, y habiendo venido en su juventud a España, se casó, cuando aun no tenía diecisiete, con el capitán Planelles; enviudó al poco tiempo, y se volvió a casar en 1822 con el Marqués de Arco Hermoso, que falleció en 1835; contrajo luego nuevo matrimonio con D. Antonio Arrón de Aya-la, residiendo sucesivamente en Jerez, Puerto de Santa María, Chiclana y Sanlúcar de Barrameda; en 1856, y por concesión de la reina Dña. Isabel II, pasó a habitar en el Alcázar de Sevilla, de donde salió en 1868, tomando casa en la calle de Juan de Burgos, núm. 14 (parroquia de la Magdalena), en la cual ha fallecido el 7 de abril de 1877, a las diez de la mañana. Público es que en su penosa enfermedad fue visitada con frecuencia por la Real familia que habita los palacios del Alcázar y San Telmo, y precisamente el día en que se le administraron los Santos Sacramentos estuvo a la puerta del cuarto de la enferma la infanta Duquesa de Montpensier, con una vela en la mano y tiernas lágrimas en los ojos. Pocos días antes de su fallecimiento recibió la bendición apostólica que se dignó concederle Su Santidad Pío IX.

2. He aquí los títulos que recordamos de sus principales novelas, denominadas por su autora con el nombre genérico de Cuadros Sociales: La Gaviota. -Clemencia. -La familia de Albareda. -Callar en vida y perdonar en muerte. -Lágrimas. -Elia o la España treinta años ha. -El último consuelo. -La noche de Navidad y el día de Reyes. -La estrella de Vandalia. -¡Pobre Dolores! -Un verano en Bor-nos. -Lady Virginia. -Simón Verde. -Más honor que honores. -Lucas García. -Obrar bien, que Dios es Dios. -El dolor es una agonía sin muerte. -Justa y Ru-fina. -Más largo es el tiempo que la fortuna. -No transige la conciencia. -La flor de las ruinas. -El exvoto. -Los dos amigos. -La hija del sol. -Un servilón y un li-beralito. -Diálogos entre la juventud y la edad madura. -Una y otra. -Con mal o con bien, a los tuyos ten. -Dicha y suerte. -Deudas pagadas o un episodio de la guerra de África. -Cuentos y poesías vulgares. -Vulgaridad y nobleza. -Ma-trimonio bien avenido, la mujer junto al marido. -Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen. -Las dos gracias o la expiación. -La farisea. -La corrupto-ra y la buena maestra. -La maldición paterna. -Leonor. -Los dos memoriales. -Colección de la-artículos religiosos y morales. -Estar de más.

JUICIO CRÍTICO

I

Varias veces lo hemos dicho: no es la novela el género de literatura en que más han descollado los españoles en todos tiempos, y señaladamente en los modernos. Las causas de este, al parecer, fenómeno de nuestra historia literaria, las hemos dicho también en diferentes escritos, que la escasa porción del público que por tales cuestiones se interesa, recordará tal vez: excusado sería, pues, y aun molesto, repetir las. Permítasenos, sin embargo, apuntar aquí una sola: la novela, ese género que pasa por tan frívolo, tan fácil, tan sin consecuencia, es, díganlo los que le han cultivado, de una dificultad suma, y requiere, para que sea posible descollar en él, hoy que se ve elevado a tanta altura en las producciones de los más claros ingenios de Europa, una aplicación extremada, a más de un talento de primer orden. Entre nosotros, el talento no escasea; pero la aplicación, el estudio, la perseverancia son dotes raras. Nos gusta conseguir grandes resultados con poco esfuerzo, y cuando es posible, los conseguimos; por eso se escriben entre nosotros buenos dramas, y no buenas novelas. Salvas algunas excepciones muy contadas, nuestras novelas modernas, aun las que tienen un verdadero valor literario, carecen de todo interés novelesco, y no tienen, en realidad, de novelas más que el nombre. Su habitual insulsez es tanta, que el público escamado, con sólo ver el adjetivo original al frente de una de ellas, la mira con desconfianza, o la rechaza con desdén, al mismo tiempo que se abalanza con una especie de sed hidrópica sobre las más desatinadas traducciones de los novelistas extranjeros. Estos surten casi exclusivamente nuestras librerías y nuestros folletines: sus obras, vertidas a un castellano generalmente bárbaro, forman el ramo más importante de nuestro moribundo comercio de librería.

Parece a primera vista que esa predilección del público a las novelas extranjeras es una manía inspirada por la moda, que tantas extravagancias inspira, un capricho irracional, como tantos otros de que solemos ser necios es-

clavos, por tener el gusto de parecer hoy ingleses y mañana franceses; pero no es así. Hay una razón decisiva para que las novelas extranjeras, en especial las francesas, alcancen gran valimiento, y las nuestras no; esa razón es que interesan mucho: las nuestras por lo general, ya lo hemos dicho, interesan poco o nada. Algunas honrosas excepciones (y La España tiene la gloria de haber suministrado a la crítica algunas de las más notables) no bastan a destruir la indisputable cuanto triste verdad de esta proposición. Reflexionando en sus causas, sólo hemos discurrido una plausible para explicar esa singularidad: nuestros escritores no aciertan a interesar con sus novelas, porque ninguno ha escrito bastantes para llegar a posesionarse, digámoslo así, de todos los recursos del arte: sus producciones no son más que ensayos, y rara vez los ensayos son perfectos, ni aun buenos. Para escribir una buena novela, es preciso, por regla general, haber escrito antes algunas malas: los casos como el de La Gaviota, primera producción al parecer, y excelente sin embargo, son rarísimos.

¿Quién será, nos preguntábamos con curiosidad viva, desde sus primeros capítulos, quién será el FERNÁN CABALLERO que firma como autor esa preciosa novela, La Gaviota, que ha publicado recientemente El Herald? Bien conocíamos que ese era un nombre supuesto; bien conocíamos también que ese libro, en el que desde las primeras líneas respirábamos con delicia como un perfume de virginidad literaria, era producto de una inspiración espontánea y pura, y que nada tenía que ver con todas esas marchitas producciones, que la especulación lanza diariamente al público paciente, frutos apaleados, verdes y podridos al mismo tiempo. Pero, por otra parte, se nos hacía duro creer que el verdadero nombre encubierto bajo aquel seudónimo notorio fuese enteramente desconocido en la diminuta república—verdadera república de San Marino—, que forman nuestros literatos propiamente tales; y así íbamos pasando revista a todos los que la fama pregona con sus cien trompas, para entresacar de sus gloriosas filas el que mejor se adaptase a las dotes de la nueva producción. Ninguno nos satisfacía; revolviendo antecedentes, ningunos hallábamos que se ajustasen a aquel marco tan elegante y correcto; ningunos que justificasen aquel interés tan hábil y naturalmente sostenido, aquellos caracteres tan nuevos y tan verdaderos, aquellas descripciones tan delicadas, tan lozanas y tan fragantes—permítaseme la expresión—, que ora recuerdan el nítido pincel de la escuela alemana, ora la caliente y viva entonación de la escuela andaluza. Vese allí el dibujo de Alberto Dürero realzado con el colorido de Murillo.

No, ninguna de nuestras celebridades modernas nos anunciaba ni prometía la caprichosa creación de Marisalada, las deliciosas figuras de Rosa Mística, Pedro Santaló, la tía María y el comandante del fuerte de San Cristóbal; ninguna nos anunciaba ni prometía el donaire sumo con que está pintada la simplicidad angélica del hermano Gabriel, contrastando con la malicia dia-

bólica de Momo. No tiene el mismo Walter Scott un carácter más verdadero, más cómico ni mejor sostenido que el de don Modesto Guerrero, el comandante susodicho, prototipo de la lealtad, de la resignación y de la benevolencia características del soldado viejo. ¡Y con qué gracia está delineado en cuatro rasgos el barberillo Ramón Pérez! ¡Y el honrado Manuel, tipo perfecto del campesino andaluz, con su inagotable caudal de chistes, y su travesura y su bondad naturales!

Pero la figura que irresistiblemente se lleva el mayor interés del lector, la que siempre domina el cuadro, porque nunca nos es indiferente, si bien casi siempre nos es simpática, es la de Marisalada. Nada más singular, nada más ilógico, y por lo mismo acaso nada más interesante, que aquel adusto carácter, seco y ardiente al mismo tiempo, duro hasta la ferocidad, y capaz, sin embargo, en amor, del más abyecto servilismo —mujer fantástica a veces como un hada, a veces prosaica y rastrera como una mozuela—; conjunto que no se explica, pero que se siente y se ve, y en el que se cree como en una cosa existente, de sensibilidad e indiferencia, de hermosura y fealdad física y moral, de bondad y depravación, ambas nativas, de ingenio elevado y de materialismo grosero —personaje a quien es imposible amar, y a quien, sin embargo, no acertamos a aborrecer—; carácter altamente complejo, que por un lado se roza con la inculta sencillez de la naturaleza salvaje, y por otro participa de los más impuros refinamientos de la corrupción social. Hay en Marisalada algo de la condición indolente y maligna del indio de Cooper, y algo también del escepticismo infernal de la mujer libre de Jorge Sand. Si el autor ha copiado del natural ese singularísimo personaje, es un hábil y muy sagaz observador; si lo ha sacado de su fantasía, es un gran poeta: de todos modos es un profundo conocedor del corazón humano. Por eso sin duda no se empeña en explicar el móvil de las acciones de su protagonista. ¿A qué fin? Ni aun la explicación más ingeniosa podría parecer satisfactoria para los que saben que nada hay en el mundo más irracional que la pasión, como nada hay, muchas veces, más inverosímil que la verdad misma. La Gaviota es un personaje puramente de pasión; la razón no tiene sobre él dominio alguno. La misma espontaneidad algo insensata, la misma obstinación algo brutal que hallamos en sus primeras palabras al presentarla el autor en escena, vemos en todos sus actos hasta el fin de la novela.

— «Vamos, Marisalada —le dijo (la tía María)—, levántate para que el señor (Stein) te examine».

Marisalada no mudó de postura.

— «Vamos, hija —repitió la buena mujer—, verás cómo quedas sana en menos que canta un gallo».

Diciendo estas palabras, la tía María, apoderándose de un brazo de Marisalada, procuraba ayudarla a levantarse.

— «No me da la gana», dijo la enferma arrancándose del brazo de la vie-

ja con una fuerte sacudida.

En el efecto que nos produce el personaje de La Gaviota, como en el género de interés que nos inspira, se nos figura que hay algo del sentimiento de inquieta compasión que nos producen ciertos dementes sosegados, pero sombríos y enérgicos, que parece como que siguen en sus ideas y en sus actos una misteriosa inspiración, de que a nadie dan cuenta, y en la que tienen una fe ciega; de aquí su áspera condición, y el agreste desdén con que acogen las advertencias y los consejos que les da lo que llamamos la cordura humana. Al ver su fe robusta en esa voz íntima que al parecer les guía en su oblicua carrera, al paso que la duda y el temor son la inseparable secuela de nuestras opiniones y de nuestros actos razonables, alguna vez nos hemos sentido a punto de preguntarnos: «¿Serán ellos los cuerdos? ¿Seremos nosotros los locos?»

El personaje de Stein forma un perfecto contraste con el de La Gaviota; todo en aquel es serenidad y rectitud; todo en esta es tumulto y desorden. Ambos caracteres están pintados con igual maestría; como concepción literaria, el segundo es muy superior al primero; éste, en cambio, vale mucho más como pintura moral. Stein es el hombre evangélico, el justo en toda la extensión de la palabra; nada basta a alterar la límpida tersura de su hermosa alma; es el tipo acabado de esa proverbial mansedumbre germánica, ahora ¡ay! muy desmentida por una reciente experiencia, que hacía decir a Voltaire: «los alemanes son los ancianos de Europa». La dolorosa resignación con que sobrelleva Stein sus desastres conyugales, y más aún la noble ceguera con que por tanto tiempo desconoce la execrable traición de Marisalada, están hábilmente preparadas por los antecedentes todos de la historia de aquel hombre, predestinado a la desgracia por una vida toda de bondad, de abnegación y de oscuros padecimientos. Estas pocas palabras del autor explican la conducta del personaje que nos ocupa: «Stein, que tenía un corazón tierno y suave, y en su temple una propensión a la confianza que rayaba en debilidad, se enamoró de su discípula. La pasión que Marisalada le había inspirado, sin ser inquieta ni violenta, era profunda, y de aquellas en que el alma se entrega sin reservas.» Y luego: «Stein era uno de esos hombres que pueden asistir a un baile de máscaras, sin llegar a penetrar que detrás de aquellas fisonomías absurdas, detrás de aquellas facciones de cartón pintado, hay otras fisonomías y otras facciones, que son las que el individuo ha recibido de la naturaleza»; rasgos magistrales, que pintan, o más bien, que animan y vivifican a un personaje de novela, mejor que las más menudas y prolijas filiaciones, en que se complacen los pintores vulgares, ya pinten con la pluma, ya con el pincel. Más dice un brochazo de Goya, que todos los toques y retoques que da un mal pintor; más una palabra de Cervantes, que un tomo entero de un mal novelista.

Todos los personajes de La Gaviota viven, y nos son conocidos: a todos los hemos visto y tratado más o menos, según el mayor o menor relieve que les da el autor. Sucédenos en la lectura de algunas novelas, que por más que lo

procuramos, no nos es posible parar la atención en los personajes que figuran en ellas, ni imaginarnos cómo son física y moralmente. El autor nos lo dice, y al momento se nos olvida; es como si leyéramos distraídos, cuando, por el contrario, nos tomamos en aquella lectura un afán tan ímprobo como para resolver un problema difícil. ¿Qué prueba esto? Nada más sino que aquellos personajes no viven; son estatuas que aún no han recibido el fuego del cielo y que como tales, no despiertan en nuestra alma, ni es posible, odio ni amor: en suma, están en la categoría de cosas, no son personas. Cuando más, se podrán llamar sombras. Se les da el nombre de personajes por mera licencia poética. Lo mismo que de las pinturas de los caracteres, puede decirse de las descripciones de los sitios. Si el lector no los ve, como si estuviera materialmente en ellos, esas descripciones nacerán muertas; no serán tales descripciones, sino un monótono y estéril hacinamiento de palabras, un fastidioso ruido, que ninguna idea despertará en nuestra mente, ninguna simpatía en nuestro corazón. No diremos al leerlas: «eso es malo, eso está mal escrito»; porque la descripción podrá ser hermosa, y la pintura podrá estar bien hecha; pero diremos: «eso no es verdad», o tal vez: «¿y qué?, ¿qué nos importa todo eso que nos van diciendo tan elegantemente, si a medida que lo vayamos leyendo, se nos va borrando de la memoria?».

Descripciones hay en *La Gaviota* que pueden presentarse como dechados. Veamos esta: «Stein se paseaba un día delante del convento, desde donde se descubría una perspectiva inmensa y uniforme: a la derecha, la mar sin límites; a la izquierda, la dehesa sin término. En medio, se dibujaba en la claridad del horizonte el perfil oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imagen de la nada en medio de la inmensidad. La mar, que no agitaba el soplo más ligero, se mecía blandamente, levantando sin esfuerzo las olas que los reflejos del sol doraban, como una reina que deja ondear su espléndido manto. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamentos, estaba en armonía con el paisaje, grave y monótono. Su mole ocultaba el único punto del horizonte interceptado en aquel uniforme panorama.

»En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto a un río, tan caudaloso y turbulento en invierno, como mezquino y escaso en el verano. Los alrededores bien cultivados presentaban de lejos el aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde; aquí el amarillento de la vid todavía cubierta de follaje; allí el verde ceniciento de un olivar, o el verde esmeralda del trigo, que habían fecundado las lluvias de otoño, o el verde sombrío de las higueras; y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del río cruzaban algunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevación, una capilla; delante, una gran cruz, apoyada en una base piramidal de mampostería blanqueada; detrás, un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el campo santo.

»Delante de la cruz pendía un farol, siempre encendido, y la cruz, em-

blema de salvación, servía de faro a los marineros: como si el Señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas a aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable a los hombres de fe robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.»

II

El mayor mérito de *La Gaviota* consiste seguramente en la gran verdad de los caracteres y de las descripciones; en este punto recuerda a cada paso las obras de los grandes maestros del arte, Cervantes, Fielding, Walter Scott y Cooper; a veces compite con ellas. No todos estarán conformes con lo que vamos a decir: a nuestro juicio, ese mérito es el que principalmente debe buscarse en una novela, porque es, digámoslo así, el más esencial, el más característico de este género de literatura. Verdad y novedad en los caracteres, verdad y novedad en las descripciones; tales son los dos grandes ejes sobre que ha de girar necesariamente toda novela digna de este nombre. Casi estamos por decir que ellos son la novela misma, y que todo lo demás es lo accesorio: por lo menos, es muy cierto que no hay mérito que alcance a suplir la ausencia de estos dos imprescindibles elementos de vida para toda composición novelesca; ni el lenguaje, ni el estilo, ni la originalidad del argumento, ni la variedad y multitud de los lances. Para el vulgo de los lectores, esto será en buena hora lo principal; para nosotros, aunque muy importante, no pasa de ser lo secundario. La novedad, la variedad, lo imprevisto y abundante de los acontecimientos, nos parece peculiar del cuento: la novela vive esencialmente de caracteres y descripciones. ¡Cosa extraña! es de todas las composiciones literarias la que menos necesidad tiene de acción: no puede, en verdad, prescindir de tener alguna, pero con poca, muy poca, le basta. Una novela en tres tomos puede ser excelente y tener, sin embargo, menos acción que un drama entres actos. Consiste esto en la distinta índole de ambas composiciones; la segunda es, digámoslo así, una acción condensada, reducida a sus más estrechos límites; es la exposición sencilla y breve de un suceso presentado en su más rápido desarrollo; la primera, por el contrario, comporta un desarrollo altísimo, y en este desarrollo, hábilmente hecho, consiste su mayor encanto posible.

Hemos dicho que comporta, no que necesariamente exige ese minucioso desarrollo, pues, en efecto, hay novelas altamente dramáticas, y aun verdaderas monografías, que, como el *Gil Blas*, tienen todo el movimiento, toda la rapidez, vida y sucesión de cuadros que se requieren en un cuento o en una comedia de magia. Esto constituye una de las muchas variedades del género, el más rico y fecundo tal vez de los que unidos forman lo que se llama amena literatura. Por más que en teoría y con arreglo a las ideas comunes pa-

rezca que no puede haber novela buena sin mucha acción, la experiencia demuestra lo contrario con numerosos ejemplos. ¿Cuál es, a qué se reduce la acción del precioso Vicario de Wakefield, de Goldsmith? ¿A qué la del Jonathan Wild, de Fielding? ¿A qué las Aguas de San Ronan, una de las más apacibles composiciones de Walter Scott? ¿A qué la de la mayor parte de las entretenidísimas escenas de costumbres que nos pinta Balzac con mano maestra? En media cuartilla de papel cabe holgadamente el argumento de cualquiera de esas, y de otras muchas buenas novelas que podríamos citar: sólo que sometiéndolas a esa especie de compendiosa reducción, dejarían de ser novelas, y pasarían a ser cuentos.

Estos, menos que los dramas, no exigen desarrollo ni comentario alguno; son meras narraciones de hechos, que van pasando por delante de los ojos del lector como en una linterna mágica; en aquellas, por el contrario, la narración de lo sucedido, ya lo hemos dicho, es lo menos; el desarrollo, el comentario, lo más. Y adviértase que esto es cabalmente, cuando está bien ejecutado, lo que más deleite proporciona al lector. Mucho nos recrea la narración de las aventuras de Don Quijote, por ejemplo; pero ¡cuánto más sabrosa es la lectura de aquellos incomparables diálogos entre el loco y su escudero, que llenan los mejores capítulos de la inmortal fábula de Cervantes!

En *La Gaviota* la acción es casi nula: todo lo que constituye su fondo puede decirse en poquísimas palabras; ¡rara prueba de ingenio en el autor haber llenado con la narración de sucesos muy vulgares dos tomos, en los que ni sobra una línea, ni decae un solo instante el interés, ni cesa un solo punto el embeleso del lector! Consiste esto en la encantadora verdad de sus descripciones, en la grande animación de sus diálogos, y más que todo, en el conocido sello de vida que llevan todos los personajes, desde el primero hasta el último. Ya hemos procurado dar una sucinta idea de los dos principales, Marisalada y Stein; los demás, y son muchos, en nada ceden a aquellos en valor literario ni en verdad de colorido. Los que están en segundo término forman deliciosos grupos, sobre los cuales se destacan con singular vigor las figuras principales: el autor posee en alto grado el arte difícilísimo de las medias tintas.

En dos partes puede considerarse dividida la novela. Pasa la primera en las inmediaciones de Villamar, pueblecito imaginario del condado de Niebla, entre la familia del guarda de un ex convento, de la cual es huésped el cirujano alemán Federico Stein, y varios oscuros personajes del citado pueblecito o de sus cercanías, entre los cuales se cuentan el pescador catalán Pedro Santaló y su hija Marisalada, a quien llaman la Gaviota por su genio arisco y su afición a vagar por entre las peñas, en la soledad de las playas marinas, soltando al viento el raudal de su hermosísima voz. El amor de Stein a esta mujer singular, su enlace con ella, la llegada a aquellos campos, de un noble y poético magnate, el duque de Almansa, que, gravemente herido en una cacería, es curado por el hábil Stein; y la salida, por fin, de este y su mujer para Sevilla en

compañía del duque, que los persuade a que vayan a buscar un teatro más digno en que lucir y utilizar sus respectivos talentos, llenan el primer tomo de la novela, que por nuestra parte preferimos con mucho al segundo. No decimos por eso que este tenga menos mérito que aquel, sino simplemente que aquel nos es más simpático, nos gusta más; a otros acaso les gustará menos. En lo que creemos que todos estaremos conformes es en reprobar el incidente de los amores de la Gaviota con el torero Pepe Vera. ¿A qué rebajar tan cruelmente el carácter de la pobre Marisalada?

Pero volvamos a las hermosas cercanías de Villamar, donde nos esperan aquellas buenas gentes tan superiormente pintadas: la tía María, Dolores, Manuel, don Modesto Guerrero, Rosa Mística, Momo y el hermano Gabriel. No acertamos nosotros a explicar el deleite que nos producen aquellas dulces y apacibles escenas que pasan en el ex convento, ni a encarecer la vehemencia con que nos hacemos ilusión de que todo aquello es verdad. Se nos figura asistir a aquellas pacíficas reuniones de familia, amenizadas con las sanas sentencias de la tía María, con los saladísimos cuentos del inagotable Manuel, y con las monadas infantiles de Anís y de Manolito; creemos ver al bienaventurado hermano Gabriel, tan sobrio de palabras, tan rico de lealtad y obediencia perruna a la tía María, tejiendo sus espueñas o rezando su rosario en un rincón de la estancia. Viva antítesis de aquel bendito, vemos a Momo el malo y el tonto, pero tonto a la manera particular que tienen de serlo los gansos de Andalucía, es decir, tonto con mucho talento, díganlo sus réplicas, tales que sólo a él pudieran ocurrírsele. Así son todos aquellos llamados tontos: a cada paso le dejan a uno parado con sus razones, de una sensatez, y al mismo tiempo, de una originalidad pasmosas. La hermosa y serena figura de Stein ilumina con un destello de alta poesía este cuadro que ya por sí tiene tanta —pero una poesía puramente popular—, la que a cada paso, en cada venta, en cada cabaña, en cada calle nos presentan nuestras pintorescas poblaciones meridionales. No es, sin embargo, Stein un alemanuco lánguido, etéreo e inútil, como los que se imaginan los malos poetas; su poesía es, digámoslo así, práctica —es la poesía de la rectitud, de la probidad y de la nobleza del alma—. Fría e indiferente a aquel cuadro de íntima felicidad que su alma adusta y vulgar no comprende ni ama, animados sus hermosos ojos negros de un fuego sombrío, Marisalada parece absorta en malos pensamientos, y como reconcentrada en el vago deseo de otra existencia. Ni la exaltada ternura de su anciano padre, ni el puro amor de Stein bastan a llenar aquel corazón cerrado a los blandos halagos de la familia y del deber. Una de las más vigorosas figuras de esta novela es la del viejo marino Santaló, corazón de cera en un cuerpo de hierro. Es imposible dejar de amar a aquel hombre tan bueno y tan amoroso bajo su ruda corteza, y en quien vemos reunidas en el más alto punto la fuerza física con todas las deliciosas debilidades del amor paternal, llevado hasta el fanatismo, hasta el increíble delirio de una madre. Tieso co-

mo un huso, don Modesto Guerrero lamenta el completo abandono en que su gobierno imprevisor deja al importante castillo de San Cristóbal, y el lector no puede menos de mirar con viva simpatía aquellas dos nobles ruinas, el castillo y su comandante. La buena Dolores, tipo de mujer del pueblo, sumisa, laboriosa, atenta al bienestar común, es como el alma de aquellas reuniones, en las que, sin embargo, rara vez se oye su voz, ni interviene su voluntad; pero está en todo; es el centro de aquella reducida esfera, el lazo que une a todas aquellas almas; es la esposa y la madre, la buena esposa y la buena madre, luz y calor del hogar doméstico. Para que aquella reunión de personajes amados del lector fuese completa, quisiéramos ver en ella alguna vez a la excelente patrona del comandante; pero mejor pensado, sin duda ha andado discreto el autor en apartar de aquel dulce cuadro de familia la figura triste y grotesca al mismo tiempo de Rosa Mística, como para indicar que la soledad y el aislamiento son el patrimonio fatal de esas pobres mujeres, gremio por lo común ridículo y casi siempre digno de lástima, a quienes el desdén de los hombres ha condenado, según la expresión vulgar, a vestir imágenes. Rosa Mística es un tipo excelente de la vieja soltera, carácter acre, rígido, descontento de los demás y de sí mismo, adusto en el fondo, y, sin embargo, tan cómico como los buenos caracteres de Sheridan, de cuyo género parece haberse inspirado el autor para la pintura de este personaje, uno de los mejores de su novela. Rosa Mística yendo a misa al lado de Turrís Davídica es una deliciosa caricatura, cuyo espectáculo envidiamos a la gente alegre de Villamar.

La mayor parte de los personajes que figuran en el segundo tomo de *La Gaviota*, son distintos de los que entran en la composición del primero; en este concepto decíamos antes que la novela puede considerarse dividida en dos partes, sin más lazo común entre sí que la intervención en ambas de Stein y Marisalada. El primer tomo es como la exposición del carácter de estos personajes; el segundo es el campo en que vemos aquel carácter en acción. La pintura de la buena sociedad sevillana está hecha en los primeros capítulos, con una gracia y una verdad sorprendentes. Allí abundan los retratos; a algunos se nos figura haberlos conocido. Los más son verdaderos tipos característicos de los diferentes grados de nuestra sociedad, pintados con un talento de observación, una seguridad de crítica y una energía de colorido, que no desmerecían al lado de los más celebrados caracteres de Teofrasto y Labruyère. El general Santa María con su exagerado españolismo; Eloísa con su extranjerismo impertinente; la joven condesa de Algar, tan simpática y tan bella; Rita, la verdadera española de buen sentido; Rafael, la marquesa de Guadalcanal, son personajes a quienes, como decíamos en nuestro primer artículo, todos hemos conocido bajo otros nombres, o más bien a quienes estamos viendo todos los días en tertulias y paseos.

Nuestra alta aristocracia debe estar reconocida al autor por la poética personificación que nos presenta de ella en los dos nobles personajes del duque

y la duquesa de Almansa, sobre todo el duque, «uno de aquellos hombres elevados y poco materiales, en quienes no hacen mella el hábito ni la afición al bienestar físico; uno de esos seres privilegiados que se levantan sobre el nivel de las circunstancias, no en ímpetus repentinos y eventuales, sino constantemente, por cierta energía característica, y en virtud de la inatacable coraza de hierro que se simboliza en el ¿qué importa? ¡Uno de aquellos corazones que palpitaban bajo las armaduras del siglo XV, y cuyos restos sólo se encuentran hoy en España!»

Ya hemos dicho que no nos parece bien el incidente de los amores de la Gaviota con el torero Pepe Vera. ¡Cómo desdichan todos los capítulos en que se desarrolla esta aventura del tono decorosamente festivo y sencillamente elegante de los capítulos anteriores, y más aún del sabor apacible y campesino, que da tan suave encanto a las escenas del convento, de la cabaña de Santaló y del pueblecito de Villamar! No parecen una misma pluma la que describe el cínico festín a que arrastra Pepe Vera a su degradada amante, y la que pinta con tan alta elocuencia los últimos momentos de Santaló, mártir del amor paternal, en uno de los capítulos mejor escritos del libro y que quisiéramos copiar aquí íntegro.

Para borrar la desagradable impresión que deja aquel cuadro de impuros amores, impresión tanto más desagradable cuanto el gran mérito literario de la pintura la hace más profunda, hemos tenido que volver a buscar en el tomo primero algunos de aquellos diálogos tan apacibles, algunas de aquellas descripciones tan ricas de encantadoras imágenes, de locuciones felicísimas, de pormenores llenos de gracia, de frescura y de novedad. ¿Pueden darse expresiones más pintorescas que estas? «Stein refirió al duque sus campañas, sus desventuras, su llegada al convento, sus amores y su casamiento. El duque lo oyó con mucho interés, y la narración le inspiró el deseo de conocer a Marisalada y al pescador, y la cabaña que Stein estimaba en más que un espléndido palacio. Así es que en la primera salida que hizo, en compañía de su médico, se dirigió a la orilla del mar. Empezaba el verano; y su fresca brisa, puro soplo del inmenso elemento, les proporcionó un goce suave en su romería. El fuerte de San Cristóbal parecía recién adornado con su verde corona, en honra del alto personaje, a cuyos ojos se ofrecía por primera vez. Las florecillas que cubrían el techo de la cabaña, en imitación de los jardines de Semíramis, se acercaban unas a otras, mecidas por las auras, a guisa de doncellas tímidas, que se confían al oído sus amores. La mar impulsaba blanda y pausadamente sus olas hacia los pies del duque, como para darle la bienvenida. Oíase el canto de la alondra, tan elevada, que los ojos no alcanzaban a verla. El duque, algo fatigado, se sentó en una peña. Era poeta, y gozaba en silencio de aquella hermosa escena. De repente sonó una voz, que cantaba una melodía sencilla y melancólica. Sorprendido el duque, miró a Stein, y este se sonrió. La voz continuaba.

«—Stein —dijo el duque—, ¿hay sirenas en estas olas, o ángeles en esta atmósfera?»

No queremos multiplicar las citas: vale más que el lector mismo vaya a buscarlas en la novela, que le producirá, a no dudarlo, momentos de sumo recreo. No se asuste de la calificación de original que lleva al frente, pues aunque original y del día, es mejor que la mayor parte de las que nos vienen del otro lado del Pirineo; tiene tanto interés como ellas, y está escrita con más estudio y mayor conocimiento del corazón humano. Algunos acaso querrán saber, antes de leerla, quién es su autor, y esperarán a que por fin se lo digamos; pero es lo cierto que aun cuando supiéramos su nombre, nos guardaríamos muy bien de revelarlo. Nada más justo que respetar esos velos de misterio en que alguna vez se encubren las obras de la fantasía, verdadero pudor del ingenio, respetable como el de la inocencia. Por lo demás, ¿a qué esa curiosidad?, ¿qué importa el nombre del autor? Para nosotros, nada. Cuando nos encontramos en el campo una flor hermosa y fragante, nos recreamos mucho con su vista y con su aroma, sin curarnos nada de averiguar cómo se llama; cuando vemos un buen cuadro, cuando nos cae en la mano un buen libro, lo último que se nos ocurre es averiguar el nombre del autor. Pero hay personas que no saben ver ni pueden admirar las obras anónimas: sólo les inspiran desdén aun las mejores, si se les presentan desamparadas y huérfanas, rara manía, pero muy común y que se explica de muchos modos.

Por nuestra parte, bástanos saber, y su obra lo dice, que el autor de *La Gaviota* es un talento de primer orden, no contaminado con los vicios literarios de la época, que son la impaciencia de producir, la pobreza de ideas, el desaliño en la forma, la inmoralidad en el fondo. No hay que dudarlo; el autor de *La Gaviota* es nuevo en el palenque de la publicidad literaria; apostaríamos algo bueno a que no ha escrito su novela para publicarla, y menos aún para venderla. Es imposible que la literatura sea un oficio para quien con tanto amor ha desarrollado un argumento tan sencillo y tan detenidamente estudiado. Bastarían para demostrarlo las escenas, ya alegres, ya tiernas y patéticas, generalmente alegres y patéticas al mismo tiempo, en que se describen con encantadora verdad de pormenores las bodas de Stein y la Gaviota, la salida de ambos para Sevilla en compañía del duque, la vuelta de Momo a Villamar con la falsa nueva del asesinato de Marisalada, la última entrevista de Stein con su noble amigo, y tantas otras, en cuya lectura, según la expresión de un poeta, la sonrisa se asoma entre lágrimas a nuestro rostro, como suele brillar un rayo de sol en medio de una lluvia de verano. Una imaginación gastada no puede concebir cuadros tan puros y tan lindos, ni derramar sobre ellos ese baño de suave melancolía, que les da tan irresistible atractivo. No es, pues, repetimos, un literato de oficio, como la mayor parte de los que entre nosotros, y más aún en Francia, escriben novelas, el desconocido autor de la que hemos examinado en este y en nuestro anterior artículo; más si se decide a cultivar

este género y a publicar nuevos cuadros de costumbres como el que ya nos ha dado, ciertamente *La Gaviota* será en nuestra literatura lo que es *Waverley* en la literatura inglesa, el primer albor de un hermoso día, el primer florón de la gloriosa corona poética que ceñirá las sienes de un Walter Scott español.

Eugenio de Ochoa

Editor junto con Federico de Madrazo
de la revista literaria *El Artista* (1835)

LA GAVIOTA

Prólogo del Autor

Apenas puede aspirar esta obrilla a los honores de la novela. La sencillez de su intriga y la verdad de sus pormenores no han costado grandes esfuerzos a la imaginación. Para escribirla, no ha sido preciso más que recopilar y copiar.

Y, en verdad, no nos hemos propuesto componer una novela, sino dar una idea exacta, verdadera y genuina de España, y especialmente del estado actual de su sociedad, del modo de opinar de sus habitantes, de su índole, aficiones y costumbres. Escribimos un ensayo sobre la vida íntima del pueblo español, su lenguaje, creencias, cuentos y tradiciones. La parte que pudiera llamarse novela sirve de marco a este vasto cuadro, que no hemos hecho más que bosquejar.

Al trazar este bosquejo, sólo hemos procurado dar a conocer lo natural y lo exacto, que son, a nuestro parecer, las condiciones más esenciales de una novela de costumbres. Así es, que en vano se buscarán en estas paginas caracteres perfectos, ni malvados de primer orden, como los que se ven en los melodramas; porque el objeto de una novela de costumbres debe ser ilustrar la opinión sobre lo que se trata de pintar, por medio de la verdad; no extraviarla por medio de la exageración.

Los españoles de la época presente pueden, a nuestro juicio, dividirse en varias categorías.

Algunos pertenecen a la raza antigua; hombres exasperados por los infortunios generales, y que, impregnados por la quisquillosa delicadeza que los reveses comunican a las almas altivas, no pueden soportar que se ataque ni censure nada de lo que es nacional, excepto en el orden político. Estos están siempre alerta, desconfían hasta de los elogios, y detestan y se irritan contra cuanto tiene el menor viso de extranjero.

El tipo de estos hombres es, en la presente novela, el general Santa María.

Hay otros, por el contrario, a quienes disgusta todo lo español, y que aplauden todo lo que no lo es. Por fortuna no abundan mucho estos esclavos de la moda. El centro en que generalmente residen es en Madrid; más contados en las provincias, suelen ser objeto de la común rechifla.

Eloísa los representa en esta novela.

Otra tercera clase, la más absurda de todas en nuestra opinión, desdeñan-

do todo lo que es antiguo y castizo, desdeña igualmente cuanto viene de afuera, fundándose, a lo que parece, en que los españoles estamos a la misma altura que las naciones extranjeras, en civilización y en progresos materiales. Más bien que indignación, causarán lástima los que así piensan, si consideramos que todo lo moderno que nos circunda es una imitación servil de modelos extranjeros, y que la mayor parte de lo bueno que aún conservamos es lo antiguo.

La cuarta clase, a la cual pertenecemos, y que creemos la más numerosa, comprende a los que, haciendo justicia a los adelantos positivos de otras naciones, no quieren dejar remolcar, de grado o por fuerza, y precisamente por el mismo idéntico carril de aquella civilización, a nuestro hermoso país; porque no es ese su camino natural y conveniente: que no somos nosotros un pueblo inquieto, ávido de novedades, ni aficionado a mudanzas. Quisiéramos que nuestra Patria, abatida por tantas desgracias, se alzase independiente y por sí sola, contando con sus propias fuerzas y sus propias luces, adelantando y mejorando, sí, pero graduando prudentemente sus mejoras morales y materiales, y adaptándolas a su carácter, necesidades y propensiones. Quisiéramos que renaciese el espíritu nacional, tan exento de las baladronadas que algunos usan, como de las mezquinas preocupaciones que otros abrigan.

Ahora bien, para lograr este fin, es preciso, ante todo, mirar bajo su verdadero punto de vista, apreciar, amar y dar a conocer nuestra nacionalidad. Entonces, sacada del olvido y del desdén en que yace sumida, podrá ser estudiada, entrar, digámoslo así, en circulación, y como la sangre, pasará de vaso en vaso a las venas, y de las venas al corazón.

Doloroso es que nuestro retrato sea casi siempre ejecutado por extranjeros, entre los cuales a veces sobra el talento, pero falta la condición esencial para sacar la semejanza, conocer el original. Quisiéramos que el público europeo tuviese una idea correcta de lo que es España, y de lo que somos los españoles; que se disipasen esas preocupaciones monstruosas, conservadas y transmitidas de generación en generación en el vulgo, como las momias de Egipto. Y para ello es indispensable que, en lugar de juzgar a los españoles pintados por manos extrañas, nos vean los demás pueblos pintados por nosotros mismos.

Recelamos que al leer estos ligeros bosquejos, los que no están iniciados en nuestras peculiaridades, se fatigarán a la larga, del estilo chancero que predomina en nuestra sociedad. No estamos distantes de convenir en esta censura. Sin embargo, la costumbre lo autoriza; aguza el ingenio, anima el trato y amansa el amor propio. La chanza se recibe como el volante en la raqueta, para lanzarla al contrario, sin hiel al enviarla, sin hostil susceptibilidad al acogerla; lo cual contribuye grandemente a los placeres del trato, y es una señal inequívoca de superioridad moral. Este tono sostenidamente chancero se reputaría en la severidad y escogimiento del buen tono europeo,

por de poco fino; sin tener en cuenta que lo fino y no fino del trato son cosas convencionales. En cuanto a nosotros, nos parece en gran manera preferible al tono de amarga y picante ironía, tan común actualmente en la sociedad extranjera, y de que se sirven muchos, creyendo indicar con ella una gran superioridad, cuando lo que generalmente indica es una gran dosis de necesidad, y no poca de insolencia.

Los extranjeros se burlan de nosotros: tengan, pues, a bien perdonarnos el benigno ensayo de la ley del tali3n, a que les sometemos en los tipos de ellos que en esta novela pintamos, refiriendo la pura verdad.

Finalmente, hase dicho que los personajes de las novelas que escribimos son retratos. No negamos que lo son algunos; pero sus originales ya no existen. Sonlo tambi3n casi todos los principales actores de nuestros cuadros de costumbres populares: mas a estos humildes h3roes nadie los conoce. En cuanto a los dem3s, no es cierto que sean retratos, al menos de personas vivas. Todas las que componen la sociedad prestan al pintor de costumbres cada cual su rasgo característico, que, unidos todos como en un mosaico, forman los tipos que presenta al p3blico el escritor. Protestamos, pues, contra aquel aserto, que tendría no sólo el inconveniente de constituirnos en un escritor atrevido e indiscreto, sino tambi3n el de hacer desconfiados para con nosotros en el trato, hasta a nuestros propios amigos; y si lo primero está tan lejos de nuestro 3nimo, con lo segundo no podría conformarse nunca nuestro coraz3n. Primero dejaríamos de escribir.

Fernán Caballero

TOMO I

Capítulo I

Hay en este ligero cuadro lo que más debe gustar generalmente: novedad y naturalidad.

G. DE MOLÈNES

Es innegable que las cosas sencillas son las que más conmueven los corazones profundos y los grandes entendimientos.

ALEJANDRO DUMAS

En noviembre del año de 1836, el paquebote de vapor Royal Sovereign se alejaba de las costas nebulosas de Falmouth, azotando las olas con sus brazos, y desplegando sus velas pardas y húmedas en la neblina, aún más parda y más húmeda que ellas.

El interior del buque presentaba el triste espectáculo del principio de un viaje marítimo. Los pasajeros amontonados luchaban con las fatigas del mareo. Veíanse mujeres en extrañas actitudes, desordenados los cabellos, ajados los camisolines, chafados los sombreros. Los hombres, pálidos y de mal humor; los niños, abandonados y llorosos; los criados, atravesando con angulosos pasos la cámara, para llevar a los pacientes té, café y otros remedios imaginarios, mientras que el buque, rey y señor de las aguas, sin cuidarse de los males que ocasionaba, luchaba a brazo partido con las olas, dominándolas cuando le oponían resistencia, y persiguiéndolas de cerca cuando cedían.

Paseábanse sobre cubierta los hombres que se habían preservado del azote común, por una complexión especial, o por la costumbre de viajar. Entre ellos se hallaba el gobernador de una colonia inglesa, buen mozo y de alta estatura, acompañado de dos ayudantes. Algunos otros estaban envueltos en sus mackintosh, metidas las manos en los bolsillos, los rostros encendidos, azulados o muy pálidos, y generalmente desconcertados. En fin, aquel hermoso bajel parecía haberse convertido en el alcázar de la displicencia.

Entre todos los pasajeros se distinguía un joven como de veinticuatro años, cuyo noble y sencillo continente, y cuyo rostro hermoso y apacible no daban señales de la más pequeña alteración. Era alto y de gentil talante; y en

la apostura de su cabeza reinaban una gracia y una dignidad admirables. Sus cabellos negros y rizados adornaban su frente blanca y majestuosa: las miradas de sus grandes y negros ojos eran plácidas y penetrantes a la vez. En sus labios sombreados por un ligero bigote negro, se notaba una blanda sonrisa, indicio de capacidad y agudeza, y en toda su persona, en su modo de andar y en sus gestos, se traslucía la elevación de su clase y la del alma, sin el menor síntoma del aire desdeñoso, que algunos atribuyen injustamente a toda especie de superioridad.

Viajaba por gusto, y era esencialmente bueno, aunque un sentimiento virtuoso de cólera no le impeliese a estrellarse contra los vicios y los extravíos de la sociedad. Es decir, que no se sentía con vocación de atacar los molinos de viento, como don Quijote. Érale mucho más grato encontrar lo bueno, que buscaba con la misma satisfacción pura y sencilla, que la doncella siente al recoger violetas. Su fisonomía, su gracia, su insensibilidad al frío y a la desazón general, estaban diciendo que era español.

Paseábase observando con mirada rápida y exacta la reunión, que, a guisa de mosaico, amontonaba el acaso en aquellas tablas, cuyo conjunto se llama navío, así como en dimensiones más pequeñas se llama ataúd. Pero hay poco que observar en hombres que parecen ebrios, y en mujeres que semejan cadáveres.

Sin embargo, mucho excitó su interés la familia de un oficial inglés, cuya esposa había llegado a bordo tan indispuesta, que fue preciso llevarla a su camarote; lo mismo se había hecho con el ama, y el padre la seguía con el niño de pecho en los brazos, después de haber hecho sentar en el suelo a otras tres criaturas de dos, tres y cuatro años, encargándoles que tuviesen juicio, y no se moviesen de allí. Los pobres niños, criados quizá con gran rigor, permanecieron inmóviles y silenciosos como los ángeles que pintan a los pies de la Virgen.

Poco a poco el hermoso encarnado de sus mejillas desapareció; sus grandes ojos, abiertos cuan grandes eran, quedaron como amortiguados y entontecidos, y sin que un movimiento ni una queja denunciase lo que padecían, el sufrimiento comprimido se pintó en sus rostros asombrados y marchitos.

Nadie reparó en este tormento silencioso, en esta suave y dolorosa resignación.

El español iba a llamar al mayordomo, cuando le oyó responder de mal humor a un joven que, en alemán y con gestos expresivos, parecía implorar su socorro en favor de aquellas abandonadas criaturas.

Como la persona de este joven no indicaba elegancia ni distinción, y como no hablaba más que alemán, el mayordomo le volvió la espalda, diciéndole que no le entendía.

Entonces el alemán bajó a su camarote a proa, y volvió prontamente trayendo una almohada, un cobertor y un capote de bayetón. Con estos auxilios

hizo una especie de cama, acostó en ella a los niños y los arrojó con el mayor esmero. Pero apenas se habían reclinado, el mareo, comprimido por la inmovilidad, estalló de repente, y en un instante almohada, cobertor y sobretodo quedaron infestados y perdidos.

El español miró entonces al alemán, en cuya fisonomía sólo vio una sonrisa de benévola satisfacción, que parecía decir: ¡gracias a Dios, ya están aliviados!

Dirigióle la palabra en inglés, en francés y en español, y no recibió otra respuesta sino un saludo hecho con poca gracia, y esta frase repetida: *ich verstehe nicht* (no entiendo).

Cuando después de comer, el español volvió a subir sobre cubierta, el frío había aumentado. Se embozó en su capa, y se puso a dar paseos. Entonces vio al alemán sentado en un banco, y mirando al mar; el cual, como para lucirse, venía a ostentar en los costados del buque sus perlas de espuma y sus brillantes fosfóricos.

Estaba el joven observador vestido bien a la ligera, porque su levitón había quedado inservible, y debía atormentarle el frío.

El español dio algunos pasos para acercársele; pero se detuvo, no sabiendo cómo dirigirle la palabra. De pronto se sonrió, como de una feliz ocurrencia, y yendo en derechura hacia él, le dijo en latín:

—Debéis tener mucho frío.

Esta voz, esta frase, produjeron en el extranjero la más viva satisfacción, y sonriendo también como su interlocutor, le contestó en el mismo idioma:

—La noche está en efecto algo rigurosa; pero no pensaba en ello.

—¿Pues en qué pensabais? —le preguntó el español.

—Pensaba en mi padre, en mi madre, en mis hermanos y hermanas.

—¿Por qué viajáis, pues, si tanto sentís esa separación?

—¡Ah!, señor; la necesidad... Ese implacable déspota...

—¿Con que no viajáis por placer?

—Ese placer es para los ricos, y yo soy pobre. ¡Por mi gusto!... ¡Si supierais el motivo de mi viaje, veríais cuán lejos está de ser placentero!

—¿Adónde vais, pues?

—A la guerra, a la guerra civil, la más terrible de todas: a Navarra.

—¡A la guerra! —exclamó el español al considerar el aspecto bondadoso, suave, casi humilde y muy poco belicoso del alemán—. ¿Pues qué, sois militar?

—No, señor, no es esa mi vocación. Ni mi afición ni mis principios me inducirían a tomar las armas, sino para defender la santa causa de la independencia de Alemania, si el extranjero fuese otra vez a invadirla. Voy al ejército de Navarra a procurar colocarme como cirujano.

—¡Y no conocéis la lengua!

—No, señor, pero la aprenderé.

—¿Ni el país?

—Tampoco: jamás he salido de mi pueblo sino para la universidad.

—¿Pero tendréis recomendaciones?

—Ninguna.

—¿Contaréis con algún protector?

—No conozco a nadie en España.

—Pues entonces, ¿qué tenéis?

—Mi ciencia, mi buena voluntad, mi juventud y mi confianza en Dios.

Quedó el español pensativo al oír estas palabras. Al considerar aquel rostro en que se pintaban el candor y la suavidad; aquellos ojos azules, puros como los de un niño; aquella sonrisa triste y al mismo tiempo confiada, se sintió vivamente interesado y casi enternecido.

—¿Queréis —le dijo después de una breve pausa— bajar conmigo, y aceptar un ponche para desechar el frío? Entre tanto, hablaremos.

El alemán se inclinó en señal de gratitud, y siguió al español, el cual bajó al comedor y pidió un ponche.

A la testera de la mesa estaba el gobernador con sus dos acólitos; a un lado había dos franceses. El español y el alemán se sentaron a los pies de la mesa.

—Pero ¿cómo —preguntó el primero— habéis podido concebir la idea de venir a este desventurado país?

El alemán le hizo entonces un fiel relato de su vida. Era el sexto hijo de un profesor de una ciudad pequeña de Sajonia, el cual había gastado cuanto tenía en la educación de sus hijos. Concluida la del que vamos conociendo, hallábase sin ocupación ni empleo, como tantos jóvenes pobres se encuentran en Alemania, después de haber consagrado su juventud a excelentes y profundos estudios, y de haber practicado su arte con los mejores maestros. Su manutención era una carga para su familia; por lo cual, sin desanimarse, con toda su calma germánica, tomó la resolución de venir a España, donde, por desgracia, la sangrienta guerra del Norte le abría esperanzas de que pudieran utilizarse sus servicios.

—Bajo los tilos que hacen sombra a la puerta de mi casa —dijo al terminar su narración—, abracé por última vez a mi buen padre, a mi querida madre, a mi hermana Lotte⁽¹⁾ y a mis hermanitos. Profundamente conmovido y bañado en lágrimas, entré en la vida, que otros encuentran cubierta de flores. Pero, ánimo; el hombre ha nacido para trabajar: el cielo coronará mis esfuerzos. Amo la ciencia que profeso, porque es grande y noble: su objeto es el alivio de nuestros semejantes; y el resultado es bello, aunque la tarea sea penosa.

—¿Y os llamáis...?

—Fritz Stein —respondió el alemán, incorporándose algún tanto sobre su asiento, y haciendo una ligera reverencia.

Poco tiempo después, los dos nuevos amigos salieron.

Uno de los franceses, que estaba enfrente de la puerta, vio que al subir la escalera el español echó sobre los hombros del alemán su hermosa capa fo-

(1). Diminutivo alemán de Carlota. (*N. del A.*)

rrada de pieles; que el alemán hizo alguna resistencia, y que el otro se esquivó y se metió en su camarote.

—¿Habéis entendido lo que decían? —le preguntó su compatriota.

—En verdad —repuso el primero (que era comisionista de comercio)—, el latín no es mi fuerte; pero el mozo rubio y pálido se me figura una especie de Werther llorón, y he oído que hay en la historia su poco de Carlota, amén de los chiquillos, como en la novela alemana. Por dicha, en lugar de acudir a la pistola para consolarse, ha echado mano del ponche, lo que si no es tan sentimental, es mucho más filosófico y alemán. En cuanto al español, le creo un don Quijote, protector de desvalidos, con sus ribetes de San Martín, que partía su capa con los pobres: esto, unido a su talante altanero, a sus miradas firmes y penetrantes como alambres, y a su rostro pálido y descolorido, a manera de paisaje en noche de luna, forma también un conjunto perfectamente español.

—Sabéis —repuso el otro— que como pintor de historia voy a Tarifa, con designio de pintar el sitio de aquella ciudad, en el momento en que el hijo de Guzmán hace seña a su padre de que le sacrifique antes que rendir la plaza. Si ese joven quisiera servirme de modelo, estoy seguro del buen éxito de mi cuadro. Jamás he visto la naturaleza más cerca de lo ideal.

—Así sois todos los artistas: ¡siempre poetas! —respondió el comisionista—. Por mi parte, si no me engañan la gracia de ese hombre, su pie mujerial y bien plantado, y la elegancia y el perfil de su cintura, le califico desde ahora de torero. Quizá sea el mismo Montes, que tiene poco más o menos la misma catadura, y que además es rico y generoso.

—¡Un torero! —exclamó el artista—, ¡un hombre del pueblo! ¿Os estáis chanceando?

—No, por cierto —dijo el otro—; estoy muy lejos de chancearme. No habéis vivido como yo en España, y no conocéis el temple aristocrático de su pueblo. Ya veréis, ya veréis. Mi opinión es que, como gracias a los progresos de la igualdad y fraternidad los chocantes aires aristocráticos se van extinguiendo, en breve no se hallarán en España, sino en las gentes del pueblo.

—¡Crear que ese hombre es un torero! —dijo el artista con tal sonrisa de desdén que el otro se levantó picado, y exclamó:

—Pronto sabré quién es: venid conmigo, y exploremos a su criado.

Los dos amigos subieron sobre cubierta, donde no tardaron en encontrar al hombre que buscaban.

El comisionista, que hablaba algo de español, entabló conversación con él, y después de algunas frases triviales, le dijo:

—¿Se ha ido a la cama su amo de usted?

—Sí, señor —respondió el criado, echando a su interlocutor una mirada llena de penetración y malicia.

—¿Es muy rico?

—No soy su administrador, sino su ayuda de cámara.

—¿Viaja por negocios?

—No creo que los tenga.

—¿Viaja por su salud?

—La tiene muy buena.

—¿Viaja de incógnito?

—No, señor: con su nombre y apellido.

—¿Y se llama?...

—Don Carlos de la Cerda

—¡Ilustre nombre, por cierto! —exclamó el pintor.

—El mío es Pedro de Guzmán —dijo el criado—, y soy muy servidor de ustedes.

Con lo cual, les hizo una cortesía y se retiró.

—El Gil Blas tiene razón —dijo el francés—. En España no hay cosa más común que apellidos gloriosos: es verdad que en París mi zapatero se llamaba Martel, mi sastre Roland y mi lavandera madame Bayard. En Escocia hay más Estuardos que piedras. ¡Hemos quedado frescos! El tunante del criado se ha burlado de nosotros. Pero bien considerado, yo sospecho que es un agente de la facción; un empleado oscuro de don Carlos.

—No, por cierto —exclamó el artista—. Es mi Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno: el héroe de mis sueños.

El otro francés se encogió de hombros.

Llegado el buque a Cádiz, el español se despidió de Stein.

—Tengo que detenerme algún tiempo en Andalucía —le dijo—. Pedro, mi criado, os acompañará a Sevilla, y os tomará asiento en la diligencia de Madrid. Aquí tenéis una carta de recomendación para el ministro de la Guerra, y otra para el general en jefe del Ejército. Si alguna vez necesitáis de mí, como amigo, escribidme a Madrid con este sobre.

Stein no podía hablar de puro conmovido. Con una mano tomaba las cartas y con otra rechazaba la tarjeta que el español le presentaba.

—Vuestro nombre está grabado aquí —dijo el alemán poniendo la mano en el corazón—. ¡Ah! No lo olvidaré en mi vida. Es el del corazón más noble, el del alma más elevada y generosa, el del mejor de los mortales.

—Con ese sobrecrito —repuso don Carlos sonriendo—, vuestras cartas podrían no llegar a mis manos. Es preciso otro más claro y más breve.

Le entregó la tarjeta, y se despidió.

Stein leyó: El duque de Almansa.

Y Pedro de Guzmán, que estaba allí cerca, añadió:

—Marqués de Guadalmonte, de Val-de-Flores y de Roca-Fiel; conde de Santa Clara, de Encinasola y de Lara; caballero del Toisón de Oro, y Gran Cruz de Carlos III; gentilhombre de cámara de Su Majestad, grande de España de primera clase, etc.

Capítulo II

En una mañana de octubre de 1838, un hombre bajaba a pie de uno de los pueblos del condado de Niebla, y se dirigía hacia la playa. Era tal su impaciencia por llegar a un puertecillo de mar que le habían indicado, que creyendo cortar terreno entró en una de las vastas dehesas, comunes en el sur de España, verdaderos desiertos destinados a la cría del ganado vacuno, cuyas manadas no salen jamás de aquellos límites.

Este hombre parecía viejo, aunque no tenía más de veintiséis años. Vestía una especie de levita militar, abotonada hasta el cuello. Su tocado era una mala gorra con visera. Llevaba al hombro un palo grueso, del que pendía una cajita de caoba, cubierta de bayeta verde; un paquete de libros, atados con tiras de orillo, un pañuelo que contenía algunas piezas de ropa blanca, y una gran capa enrollada.

Este ligero equipaje parecía muy superior a sus fuerzas. De cuando en cuando se detenía, apoyaba una mano en su pecho oprimido, o la pasaba por su enardecida frente, o bien fijaba sus miradas en un pobre perro que le seguía, y que en aquellas paradas se acostaba jadeante a sus pies.

«¡Pobre Treu! ⁽²⁾ —le decía—, ¡único ser que me acredita que todavía hay en el mundo cariño y gratitud! ¡No: jamás olvidaré el día en que por primera vez te vi! Fue con un pobre pastor, que murió fusilado por no haber querido ser traidor. Estaba de rodillas en el momento de recibir la muerte, y en vano procuraba alejarte de su lado. Pidió que te apartasen, y nadie se atrevía. Sonó la descarga, y tú, fiel amigo del desventurado, caíste mortalmente herido al lado del cuerpo exánime de tu amo. Yo te recogí, curé tus heridas, y

(2). Treu significa en alemán fiel, y se pronuncia Troy (*N. del A.*)

desde entonces no me has abandonado. Cuando los graciosos del regimiento se burlaban de mí, y me llamaban cura—perros, venías a lamerme la mano que te salvó, como queriendo decirme: ‘los perros son agradecidos’. ¡Oh Dios mío! Yo amaba a mis semejantes. Hace dos años que, lleno de vida, de esperanza, de buena voluntad, llegué a estos países, y ofrecía a mis semejantes mis desvelos, mis cuidados, mi deber y mi corazón. He curado muchas heridas, y en cambio las he recibido muy profundas en mi alma. ¡Gran Dios! ¡Gran Dios! Mi corazón está destrozado. Me veo ignominiosamente arrojado del Ejército, después de dos años de servicio, después de dos años de trabajar sin descanso. Me veo acusado y perseguido, sólo por haber curado a un hombre del partido contrario, a un infeliz, que perseguido como una bestia feroz, vino a caer moribundo en mis brazos. ¿Será posible que las leyes de la guerra conviertan en crimen lo que la moral erige en virtud, y la religión en deber? ¿Y qué me queda que hacer ahora? Ir a reposar mi cabeza calva y mi corazón ulcerado a la sombra de los tilos de la casa paterna. ¡Allí no me contarán por delito el haber tenido piedad de un moribundo!»

Después de una pausa de algunos instantes, el desventurado hizo un esfuerzo.

«Vamos, Treu; vorwärts, vorwärts».

Y el viajero y el fiel animal prosiguieron su penosa jornada.

Pero a poco rato perdió el estrecho sendero que había seguido hasta entonces, y que habían formado las pisadas de los pastores.

El terreno se cubría más y más de maleza, de matorrales altos y espesos: era imposible seguir en línea recta; no se podía andar sin inclinarse alternativamente a uno u otro lado.

El sol concluía su carrera, y no se descubría el menor aviso de habitación humana en ningún punto del horizonte; no se veía más, sino la dehesa sin fin, desierto verde y uniforme como el océano.

Fritz Stein, a quien sin duda han reconocido ya nuestros lectores, conoció demasiado tarde que su impaciencia le había inducido a contar con más fuerzas que las que tenía. Apenas podía sostenerse sobre sus pies hinchados y doloridos, sus arterias latían con violencia, partía sus sienas un agudo dolor; una sed ardiente le devoraba. Y para aumento del horror de su situación, unos sordos y prolongados mugidos le anunciaban la proximidad de algunas de las toradas medio salvajes, tan peligrosas en España.

«Dios me ha salvado de muchos peligros —dijo el desgraciado viajero—: también me protegerá ahora, y si no, hágase su voluntad.»

Con esto apretó el paso lo más que le fue posible: pero ¡cuál no sería su espanto, cuando habiendo doblado una espesa mancha de lentiscos, se encontró frente a frente, y a pocos pasos de distancia, con un toro!

Stein quedó inmóvil y como petrificado. El bruto, sorprendido de aquel encuentro y de tanta audacia, quedó también sin movimiento, fijando en Stein

sus grandes y feroces ojos, inflamados como dos hogueras. El viajero conoció que al menor movimiento que hiciese era hombre perdido. El toro, que por el instinto natural de su fuerza y de su valor quiere ser provocado para embestir, bajó y alzó dos veces la cabeza con impaciencia, arañó la tierra y suscitó de ella nubes de polvo, como en señal de desafío. Stein no se movía. Entonces el animal dio un paso atrás, bajó la cabeza, y ya se preparaba a la embestida, cuando se sintió mordido en los corvejones. Al mismo tiempo, los furiosos ladridos de su leal compañero dieron a conocer a Stein su libertador. El toro embreado se volvió a repeler el inesperado ataque, movimiento de que se aprovechó Stein para ponerse en fuga. La horrible situación de que apenas se había salvado, le dio nuevas fuerzas para huir por entre las carrascas y lentiscos, cuya espesura le puso al abrigo de su formidable contrario.

Había ya atravesado una cañada de poca extensión, y subiendo a una loma, se detuvo casi sin aliento, y se volvió a mirar el sitio de su arriesgado lance. Entonces vio de lejos entre los arbustos a su pobre compañero, a quien el feroz animal levantaba una y otra vez por alto. Stein extendía sus brazos hacia el leal animal, y repetía sollozando:

«¡Pobre, pobre Treu! ¡Mi único amigo! ¡Qué bien mereces tu nombre! ¡Cuán caro te cuesta el amor que tuviste a tus amos!»

Por sustraerse a tan horrible espectáculo, apresuró Stein sus pasos, no sin derramar copiosas lágrimas. Así llegó a la cima de otra altura, desde donde se desenvolvió a su vista un magnífico paisaje. El terreno descendía con imperceptible declive hacia el mar, que, en calma y tranquilo, reflejaba los fuegos del sol en su ocaso, y parecía un campo sembrado de brillantes, rubíes y zafiros. En medio de esta profusión de resplandores, se distinguía como una perla el blanco velamen de un buque, al parecer clavado en las olas. La accidentada línea que formaba la costa presentaba ya una playa de dorada arena que las mansas olas salpicaban de plateada espuma, ya rocas caprichosas y altivas, que parecían complacerse en arrostrar el terrible elemento, a cuyos embates resisten, como la firmeza al furor. A lo lejos, y sobre una de las peñas que estaban a su izquierda, Stein divisó las ruinas de un fuerte, obra humana que a nada resiste, a quien servían de base las rocas, obra de Dios, que resiste a todo. Algunos grupos de pinos alzaban sus fuertes y sombrías cimeras, descollando sobre la maleza. A la derecha, y en lo alto de un cerro, descubrió un vasto edificio, sin poder precisar si era una población, un palacio con sus dependencias o un convento.

Casi extenuado por su última carrera, y por la emoción que recientemente le había agitado, aquel fue el punto a que dirigió sus pasos.

Ya había anochecido cuando llegó. El edificio era un convento, como los que se contruían en los siglos pasados, cuando reinaban la fe y el entusiasmo: virtudes tan grades, tan bellas, tan elevadas, que por lo mismo no tienen cabida en este siglo de ideas estrechas y mezquinas; porque entonces el oro no

servía para amontonarlo ni emplearlo en lucros inicuos, sino que se aplicaba a usos dignos y nobles, como que los hombres pensaban en lo grande y en lo bello, antes de pensar en lo cómodo y en lo útil. Era un convento, que en otros tiempos suntuoso, rico, hospitalario, daba pan a los pobres, aliviaba las miserias y curaba los males del alma y del cuerpo; mas ahora, abandonado, vacío, pobre, desmantelado, puesto en venta por unos pedazos de papel, nadie había querido comprarlo, ni aun a tan bajo precio.

La especulación, aunque engrandecida en dimensiones gigantescas, aunque avanzando como un conquistador que todo lo invade, y a quien no arredran los obstáculos, suele, sin embargo, detenerse delante de los templos del Señor, como la arena que arrebatada el viento del desierto, se detiene al pie de las Pirámides.

El campanario, despojado de su adorno legítimo, se alzaba como un gigante exánime, de cuyas vacías órbitas hubiese desaparecido la luz de la vida. Enfrente de la entrada duraba aún una cruz de mármol blanco, cuyo pedestal, medio destruido, la hacía tomar una postura inclinada, como de caimiento y dolor. La puerta, antes abierta a todos de par en par, estaba ahora cerrada.

Las fuerzas de Stein le abandonaron, y cayó medio exánime en un banco de piedra pegado a la pared cerca de la puerta. El delirio de la fiebre turbó su cerebro; parecíale que las olas del mar se le acercaban, cual enormes serpientes, retirándose de pronto y cubriéndole de blanca y venenosa baba; que la Luna le miraba con pálido y atónito semblante; que las estrellas daban vueltas en rededor de él, echándole miradas burlonas. Oía mugidos de toros, y uno de estos animales salía de detrás de la cruz y echaba a los pies del calenturiento su pobre perro, privado de la vida. La cruz misma se le acercaba vacilante, como si fuera a caer, y abrumarle bajo su peso. ¡Todo se movía y giraba en rededor del infeliz! Pero en medio de este caos, en que más y más se embrollaban sus ideas, oyó no ya rumores sordos y fantásticos, cual tambores lejanos, como le habían parecido los latidos precipitados de sus arterias, sino un ruido claro y distinto, y que con ningún otro podía confundirse: el canto de un gallo.

Como si este sonido campestre y doméstico le hubiese restituido de pronto la facultad de pensar y la de moverse, Stein se puso en pie, se encaminó con gran dificultad hacia la puerta, y la golpeó con una piedra; le respondió un ladrido. Hizo otro esfuerzo para repetir su llamada, y cayó al suelo desmayado.

Abrióse la puerta y aparecieron en ella dos personas.

Era una mujer joven, con un candil en la mano, la cual, dirigiendo la luz hacia el objeto que divisaba a sus pies, exclamó:

—¡Jesús María!, no es Manuel; es un desconocido... ¡y está muerto! ¡Dios nos asista!

—Socorrámosle —exclamó la otra, que era una mujer de edad, vestida con

mucho aseo—. Hermano Gabriel, hermano Gabriel —gritó entrando en el patio—: venga usted pronto. Aquí hay un infeliz que se está muriendo.

Oyéronse pasos precipitados, aunque pesados. Eran los de un anciano, de no muy alta estatura, cuya faz apacible y cándida indicaba un alma pura y sencilla. Su grotesco vestido consistía en un pantalón y una holgada chupa de sayal pardo, hechos al parecer de un hábito de fraile; calzaba sandalias, y cubría su luciente calva un gorro negro de lana.

—Hermano Gabriel —dijo la anciana—, es preciso socorrer a este hombre.

—Es preciso socorrer a este hombre —contestó el hermano Gabriel.

—¡Por Dios, señora! —exclamó la del candil—. ¿Dónde va usted a poner aquí a un moribundo?

—Hija —respondió la anciana—, si no hay otro lugar en que ponerle, será en mi propia cama.

—¿Y va usted a meterle en casa —repuso la otra—, sin saber siquiera quién es?

—¿Qué importa? —dijo la anciana—. ¿No sabes el refrán: haz bien y no mires a quién? Vamos: ayúdame, y manos a la obra.

Dolores obedeció con celo y temor a un tiempo.

—Cuando venga Manuel —decía—, quiera Dios que no tengamos alguna desazón.

—¡Tendría que ver! —respondió la buena anciana—, ¡No faltaba más sino que un hijo tuviese que decir a lo que su madre dispone!

Entre los tres llevaron a Stein al cuarto del hermano Gabriel. Con paja fresca y una enorme y lanuda zalea se armó al instante una buena cama. La tía María sacó del arca un par de sábanas no muy finas, pero limpias, y una manta de lana.

Fray Gabriel quiso ceder su almohada, a lo que se opuso la tía María, diciendo que ella tenía dos, y podía muy bien dormir con una sola. Stein no tardó en ser desnudado y metido en la cama.

Entre tanto se oían golpes repetidos a la puerta.

—Ahí está Manuel —dijo entonces su mujer—. Venga usted conmigo, madre, que no quiero estar sola con él, cuando vea que hemos dado entrada en casa a un hombre sin que él lo sepa.

La suegra siguió los pasos de la nuera.

—¡Alabado sea Dios! Buenas noches, madre; buenas noches, mujer —dijo al entrar un hombre alto y de buen talante, que parecía tener de treinta y ocho a cuarenta años, y a quien seguía un muchacho como de unos trece.

—Vamos, Momo⁽³⁾ —añadió—, descarga la burra y llévala a la cuadra. La pobre Golondrina no puede con el alma.

Momo llevó a la cocina, punto de reunión de toda la familia, una buena provisión de panes grandes y blancos, unas alforjas y la manta de su padre. En seguida desapareció llevando del diestro¹ a Golondrina.

Dolores volvió a cerrar la puerta, y se reunió en la cocina con su marido

(3). Diminutivo de Gerónimo en Andalucía. (*N. del A.*)

1 el diestro: la mano derecha (*N. del E.*)

y con su madre.

—¿Me traes —le dijo— el jabón y el almidón?

—Aquí viene.

—¿Y mi lino? —preguntó la madre.

—Ganas tuve de no traerlo —respondió Manuel sonriéndose, y entregando a su madre unas madejas.

—¿Y por qué, hijo?

—Es que me acordaba de aquel que iba a la feria, y a quien daban encargos todos sus vecinos. Tráeme un sombrero; tráeme un par de polainas; una prima quería un peine; una tía, chocolate; y a todo esto, nadie le daba un cuarto. Cuando estaba ya montado en la mula, llegó un chiquillo y le dijo: «Aquí tengo dos cuartos para un pito, ¿me lo quiere usted traer?» Y diciendo y haciendo, le puso las monedas en la mano. El hombre se inclinó, tomó el dinero y le respondió: «¡Tú pitarás!» Y, en efecto, volvió de la feria, y de todos los encargos no trajo más que el pito.

—¡Pues está bueno! —repuso la madre—: ¿para quién me paso yo hilando los días y las noches? ¿No es para ti y para tus hijos? ¿Quieres que sea como el sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo?

En este momento se presentó Momo a la puerta de la cocina. Era bajo de cuerpo y rechoncho, alto de hombros, y además tenía la mala maña de subirlos más, con un gesto de desprecio y de qué se me da a mí, hasta tocar con ellos sus enormes orejas, anchas como abanicos. Tenía la cabeza abultada, el cabello corto, los labios gruesos. Era además chato y horriblemente bizco.

—Padre —dijo con un gesto de malicia—, en el cuarto del hermano Gabriel hay un hombre acostado.

—¡Un hombre en mi casa! —gritó Manuel saltando de la silla—. Dolores, ¿qué es esto?

—Manuel, es un pobre enfermo. Tu madre ha querido recogerlo. Yo me opuse a ello, pero su merced quiso. ¿Qué había yo de hacer?

—¡Bueno está!, pero, aunque sea mi madre, no por eso ha de tener en casa al primero que se presenta.

—No; sino dejarle morir a la puerta, como si fuera un perro —dijo la anciana—. ¿No es eso?

—Pero madre —repuso Manuel—, ¿es mi casa algún hospital?

—No; pero es la casa de un cristiano; y si hubieras estado aquí, hubieras hecho lo mismo que yo.

—Que no —respondió Manuel—; le habría puesto encima de la burra, y le habría llevado al lugar, ya que se acabaron los conventos.

—Aquí no teníamos burra ni alma viviente que pudiera hacerse cargo de ese infeliz.

—¡Y si es un ladrón!

—Quien se está muriendo, no roba.

—Y si le da una enfermedad larga, ¿quién la costea?

—Ya han matado una gallina para el caldo —dijo Momo—; yo he visto las plumas en el corral.

—¿Madre, ha perdido usted el sentido? —exclamó Manuel colérico.

—Basta, basta —dijo la madre con voz severa y dignidad—. Caérsete debía la cara de vergüenza de haberte incomodado con tu madre, sólo por haber hecho lo que manda la ley de Dios. Si tu padre viviera, no podría creer que su hijo cerraba la puerta a un infeliz que llegase a ella muriéndose y sin amparo.

Manuel bajó la cabeza, y hubo un rato de silencio general.

—Vaya, madre —dijo en fin—; haga usted cuenta que no he dicho nada. Gobiérnese a su gusto. Ya se sabe que las mujeres se salen siempre con la suya.

Dolores respiró más libremente.

—¡Qué bueno es! —dijo gozosa a su suegra.

—Tú podías dudarlo —respondió ésta sonriendo a su nuera, a quien quería mucho, y levantándose para ir a ocupar su puesto a la cabecera del enfermo—. Yo, que lo he parido, no lo he dudado nunca.

Al pasar cerca de Momo, le dijo su abuela:

—Ya sabía yo que tenías malas entrañas; pero nunca lo has acreditado tanto como ahora. Anda con Dios; te compadezco: eres malo, y el que es malo, consigo lleva el castigo.

—Las viejas no sirven más que para sermonear —gruñó Momo, echando a su abuela una impaciente y torcida mirada.

Pero apenas había pronunciado la última palabra, cuando su madre, que lo había oído, se arrojó a él y le descargó una bofetada.

—Aprende —le dijo— a no ser insolente con la madre de tu padre, que es dos veces madre tuya.

Momo se refugió llorando a lo último del corral, y desahogó su coraje dando una paliza al perro.